

"Hojas de Parra", Vadell/Salcedo - 1977.



# Temas de discusión



## Creo que el Teatro es Espectáculo

Jaime Vadell

Director de teatro,  
autor, actor. Preside  
la Compañía de Teatro  
LA FERIA

Cuando se habla del oficio, lo que se hace es señalar problemas. Los nuevos y los viejos. Todos mezclados. Es lo que serán estas líneas: una mezcla de problemas. Los que he encontrado y los que me voy poniendo.

Nuestros antepasados directos son:

1° Lucho Córdoba, Pedro Sienna, Alejandro Flores, etc. Un teatro copiado del teatro español. De las compañías que por aquí llegaban y de los actores que anclaron y enseñaron a los nuestros.

2° Los teatros universitarios, copiados de Francia, Inglaterra, EE.UU. Tiempo en que lo español se despreciaba. Tiempos de Franco.

Dos formas completamente diferentes de hacer teatro.

El primero, menos estricto. Basado en el idioma, en el bien decir, y en el histrionismo del divo. Lleno de complicidades con el público, hecho para ese lugar y ese momento.

El segundo, con ambiciones de universalidad y de proyectarse en el tiempo. Más perfecto, pero más opaco.

Las dos vertientes terminaron por juntarse, pero en sus comienzos se despreciaban. Los universitarios llamaban *rascas* a los profesionales, y éstos trataban a los universitarios de vocacionales, es decir, aficionados. Más aún, juntando dos insultos inventaron la palabra *maricacionales*.

Viejos tiempos y viejas peleas, afortunadamente superadas.

Pues bien, de esas dos copias copiamos nosotros.

Luego aparecen modelos nuevos. El cine, desde luego, y otros que nos llegan por distintos medios: libros, revistas, viajes, etc. Nuevas copias para satisfacer el afán de ser original.

El deseo de ser original era poderosísimo. Era una enfermedad de la que no podíamos liberarnos. Una fiebre que, además, era irrespetuosa. Llegamos a declarar que tenían que retirarse Siré, Dittborn, como única forma posible de *salvar el teatro chileno*. Afortunadamente, no lo hicieron. Pero nosotros seguimos batallando por la originalidad y, entonces, copiamos a Strasberg-Kazan, a James Dean. James Dean fue una especie de gurú. Nos convenció que teníamos toda la razón. No nos sentíamos copiándolo, sentimos que refrendaba lo que nosotros habíamos dicho tantas veces. Nosotros no copiábamos, él nos copiaba a nosotros.

Pareciera que el teatro se bandea entre estos dos polos: la copia y el afán de originalidad. Y pareciera que este afán tiene el trágico destino de ser una copia de nuevo modelo. Una desesperante imposibilidad de inventar algo de verdad nuevo.

Después he llegado a pensar que quizás la única posible de nuestras originalidades sea una confusa mezcla de diferentes copias. Someterse a esta verdad y abandonar el orgullo.

Descubrí que no era ni a los universitarios, ni a los profesionales, de donde podía arrancar, así es que busqué por otras partes y me encontré con el género revisteril. El teatro de revista creo que es el género que se ha hecho con más libertad en Chile. Inolvidables Gabriel Araya, Eduardo Gamboa, Iris del Valle, Manolo González, Eugenio Retes. ¡Qué cantidad de historias, de chistes, de situaciones insólitas, de caracterizaciones inverosímiles! ¡Cuántos personajes “descubiertos” por estos cómicos en la calle, barrios, bares y vaya a saber uno en dónde más! Tantos sacados de su propia imaginación, desde luego. Desde millonarios del jet set europeo, hasta el último callampero; pasando por Pedro de Valdivia e Inés de Suárez. Personas de todas las latitudes, nacionalidades y, por cierto, de todos los lugares y condiciones del propio país. Todo hecho con un tono ligeramente crítico, paródico, pero con buena intención y excelente humor. Jamás agresivo. Sin resentimiento y sin envidia. Un teatro hecho para cualquier espectador, de cualquier clase o ideología. Un teatro para todo el mundo. Y, sobre todo, un teatro que jamás pierde de vista que estamos aquí, en un país chico, pobre y alejado. Tiene la gracia de no pretender convertir este rincón en algo señero para todo el orbe. Un teatro que mantiene la modestia y no pierde las proporciones. Serio, sin ser grave.

Todo esto me hizo admirar el género y me hizo tratar de hacer una copia de él lo más original posible.

Perdonen el uso de la primera persona del singular. No quiere decir que todo



"Una Pena y un Cariño" Vadell/Salcedo

lo haya descubierto solo. Nada de eso. Imposible conseguir algo en el teatro, si no existe trabajo en colaboración. Sin Susana y José Manuel, en primer lugar, y tantos que me han acompañado por años(1).

Creo que el teatro es espectáculo. Lo haya podido hacer o no. Espectáculo, cosa a tambor batiente, bullicioso, medio circo, desfiles; bandas y no orquestas. Nada a media luz, nada de piano bar o de restaurant aux chandelle (iluminado con velas). Al contrario, luces de todo tipo, gritos. No me llama la atención el pequeño y recóndito repliegue psicológico, o quizás no lo veo; ni me interesa la gente *interesante* y menos los *personajes interesantes*. Prefiero el espectáculo escandaloso. No me refiero a lo pecaminoso, sino que a lo bullicioso, a lo gritón, al conventilleo. Prefiero un teatro de conventillo. No creo en el teatro del silencio.

Para llegar al silencio hay que haber sobrepasado la tragedia: *el resto es silencio* dice Hamlet. Yo siento que ni siquiera la he rozado. Estoy más bien en el aserrín que en el Globe. Ojalá un teatro a todo dar y con un lenguaje a la misma altura. Es decir, con un gran poeta. A nuestros poetas no les gusta mucho el teatro, por desgracia, pero la palabra de Nicanor Parra en **Hojas de Parra** ¡por Dios que se notaba! Digamos que hacía toda la diferencia. La irremplazable palabra, la maravillada palabra del poeta entraba por sobre música y equilibristas.

---

(1) Susana Bomchil, actriz y escenógrafa, y José Manuel Salcedo, actor, coautor y codirector de muchas obras del Teatro LA FERIA.



"A la Mery se le vio el Poppins", La Feria - 1981.

Los poetas son audaces, son escandalosos. Descubren cosas, nombran lo que los otros no vemos. Sin un gran poeta nuestro teatro tiene poco futuro. Podrá hacer algunas piruetas, pero sin lenguaje está jodido.

Dícese ahora que el lenguaje está teatralmente obsoleto. Junto con esto han aparecido actores que no saben hablar. La novedad del año: actores mudos. ¿Cómo va a estar obsoleto algo que sigue siendo un desafío?

Aprovecho estas páginas para decir: *¡ Venid al teatro, oh, poetas !* Ojalá que alguno me escuche.

La primera obligación de una puesta en escena es divertir. Como un juego. Pero no a la manera del juego de los niños. Los niños no se divierten: se vierten enteros en el juego, sin dejar nada de ellos mismos al margen. El juego escénico tiene que divertir, es decir, *vertir* en dos el alma del espectador. Hacerlo soñar con un ojo abierto.

El espectador nacional es duro para divertirse. O se mete entero o se queda del todo afuera. Es un espectador rotundo y el juego es todo o nada, casi de vida o muerte. Es difícil jugar con semejante gravedad. Es casi imposible. Un público porfiadamente autorreferente. Todo tiene que parecerse a algo conocido. Todo lo que salga de su personal existencia no lo ve. Ni soñar con que llegue a plantearse:

*Bah, no se me había ocurrido ver las cosas desde ese punto de vista.* Y el problema para un director es que una puesta en escena es, precisamente, un punto de vista. ¿Cuál elegir, por ejemplo, para solucionar la situación siguiente? (Es el trabajo del director) ¿Qué pasa y cómo pasa el momento en que Caperucita entra a la casa y está el lobo, disfrazado de abuela, metido en cama?

Esto me trae al problema de los disfraces. Hemos usado mucho el disfraz. Lo hemos usado desembozadamente, o sea, haciendo evidente que se trataba de un disfraz. Sin tratar de engañar a nadie. O, mejor dicho, tratando que todos crean, sin perder de vista que se trata de un disfraz. Estableciendo con claridad que es una convención, que se está en presencia de una obra de teatro. Hemos sido criticados. Nos han dicho que nos estamos burlando. Como si se trabajara varios meses para burlarse de alguien. Nadie tan importante, pero, en fin. Haciendo caso de esa crítica, la respuesta a la pregunta anterior podría ser la siguiente: No es un actor el que se disfraza de lobo, sino una actriz anciana, idéntica a la que interpreta la abuela. Así, el lobo no se pone la cofia y los lentes de la vieja, sino que se *saca* la pelambreira: un disfraz perfecto, de un realismo apabullante. Entonces el espectador va a ver a la abuela comiéndose a la Caperucita; y a los cazadores matando a la abuela, también, y sacando de su barriga a la nieta y a la vieja original. ¡Terrible! El realismo puede llevar a extremos insospechados.

Un tiempo me dio por la simultaneidad. Aprovechar ese recurso que tiene el teatro en que pueden suceder varias cosas al mismo tiempo. Sin necesidad de yuxtaponerlas.

"El Zoológico de Mármol", La Feria - 1983.



Hicimos varios espectáculos llevados de esa idea. Su máxima expresión fue **Una pena y un cariño**. Ahí, simultáneamente, había un espectáculo folklórico (que era, a la vez, una representación), un partido de baby futbol, una reunión de pobladores, una señora con su guagua y su drama propio, y dos pícaros que trataban de sacar partido. Seis acciones que corrían paralelas. Era un despelote fantástico que, no sé cómo, logramos amarrar. Por desgracia, para hacerlo, se necesitan elencos gigantescos. En esa obra trabajábamos 29.

Además de poetas se necesitan empresarios audaces o locos. En esa época tampoco existían, pero quedaba energía suficiente que el tiempo ha ido mellando. Si pudiera, volvería a hacerlo. Una idea se quedó en el tintero y puede tener gracia: hacer un gran friso de la realidad nacional o mundial. Quizás, la historia de Chile, no sé. Pero un friso, es decir, un espectáculo que fuera pasando. Que pasara como si estuviera montado en piso mecánico, como una escalera mecánica, pero plana. Por ejemplo, una escena de O'Higgins triunfando en Chacabuco y, tres escenas más adelante, embarcándose, echado, hacia el Perú. Todo sin ningún comentario y sin drama, que se limitara a pasar como los patitos de los juegos Diana.

He sacado la cuenta: se necesitan 80 personas, cientos de trajes, etc., y varios meses de preparación. Para que después los críticos arriesquen la nariz, o que el amigo diga que no *entendí* o, en el mejor de los casos, un solidario te diga que se *murió de la risa*. Agradezco la buena voluntad de estos últimos, pero declaro que ninguna de las obras que he hecho ha tenido ni la menor intención de hacer morirse de la risa a nadie. No tengo la menor intención de ser humorista. El humorismo exige demasiado trabajo y si me dediqué al teatro fue por una sola razón -como dice Jovet-: por flojo. Y como también dice Jovet, me equivoqué medio a medio.

Hablo de puesta en escena y de obras, porque cada obra que uno elabora es, en el fondo, una puesta en escena. No soy escritor. No escribo obras, escribo puestas en escena. Por tanto, una y otra cosa son lo mismo y tienen que entender la confusión.

Bonita frase: *entender la confusión*. Es una frase absurda. Pero no. Diría, en cambio, que hay que desconfiar de lo claro. Desconfío de lo que aparece nítido, fácilmente comprensible. Seguro que detrás de eso hay una trampa. Mejor confiar en lo confuso. Cuando alguien explica sin tropiezos y con lógica impecable, hay que ponerse en guardia: fijo que trae su hachita debajo del poncho. Creo más en el que se mueve con dificultad, que va y viene, que se contradice, que le cuesta llegar a puerto. Está elaborando su pensamiento y es más sincero. El que todo venga elaborado, todo hecho, está listo para que uno se trague la mentira sin darse ni cuenta. Me gusta el teatro que defiende a los confusos y que hace figurar a los que sudan pensamientos. Un teatro como nosotros: una mezcla de cultura e ignorancia. Somos Brecht, Stanislavsky, toda la cultura universal por un lado; por el otro lado,

le sacamos piezas a las máquinas que caen en nuestras manos. Saltamos de una cosa en otra sin disciplina ni continuidad. Preferimos caminar por las calles en lugar de ir a clases. Somos cimarreros. Discutimos hasta tarde en la noche y al día siguiente nos quedamos dormidos y olvidamos las conclusiones.

Creo en un teatro culto e inculto, despierto y trasnochado, refinado y vulgar, todo al mismo tiempo.

Ahí, tal vez, entre tanto revoltijo le achuntemos, y consigamos ser originales.

"Proceso a un buen Gallo", La Feria-1984.

